

Pájaros para una gaita

Primer puesto, II Concurso de cuentos
Revista Universidad de Antioquia, 2023

Camilo Galíndez

Abogado, gaitero aficionado, camilogalindezn@gmail.com

Las calles del pueblo exhalaban vapores húmedos. Acababan de caer las primeras lloviznas después de un largo verano cuando Andrés Gaitero salió de su casa aquel día. Como de costumbre, atravesó el solar de la abuela por provisiones, echó unas guayabas y un par de mangos a la mochila, tomó su bicicleta y se marchó presuroso.

Durante todo el recorrido había silbado sus melodías, pero pocos se percataron de su paso. El chirrido estruendoso de las cigarras ocupaba todos los caminos. El río era su lugar predilecto para tocar la gaita y, como era un tipo solitario, prefería las tardes grises porque sabía que la gente solo lo frecuentaba en los días calurosos y soleados. Solía zambullirse en el agua antes de sonar su música y ese día no fue la excepción. Se quitó los zapatos, tiró la camiseta a un lado y se adentró en las orillas mansas del río.

Nadaba boca arriba cuando, de repente, vio un colibrí que revoloteaba encima de él. Trinaba y se mecía frenético de un lado para otro, así que, sorprendido, sacó su cabeza del agua y siguió su vuelo con sigilo. En una de esas estrepitosas piruetas vio que se lanzó veloz, casi invisible, hasta el filo de un árbol de yarumo, donde se encontraba el motivo de su ostentoso despliegue: una hembra camuflada en el verdor de las hojas.

El cortejo duró poco. Cuando la pequeña ave huyó río arriba y su pretendiente se perdió en el bosque, Andrés Gaitero se recostó de nuevo en el agua y se quedó flotando allí unos minutos.

Al rato, salió parsimonioso del agua, se secó las manos, desenfundó su flauta y empezó a soplar. Mientras tocaba volvió a verlo. Revoloteaba, trinaba y se agitaba frente a él. Volaba a la cúspide de los árboles y, desde allí, se lanzaba en picada; jugueteaba exhibiendo sus iridiscentes plumas de colores y sus habilidades para el vuelo. Cada vez

que la gaita sonaba, el colibrí aparecía entre el monte, y cuando paraba, este se echaba a perder.

Regresó con las últimas luces del crepúsculo y llegó a su casa con el corazón perplejo. Nunca antes había sido cortejado por un colibrí.

Por un tiempo volvió a ese mismo punto convencido de poder seducirlo de nuevo. Perfeccionó su técnica con los maestros gaiteros y recogió de ellos las más bellas melodías de la región, que le llevaba, una a una, a las orillas de las aguas; pero, pasaban las semanas y no había rastros de él.

Conocido por su espíritu pertinaz, decidió emprender un viaje río arriba, al cerro que su abuelo llamaba *la casa de las quinchas*. Juntó abundantes suministros, empacó su gaita y salió esperanzado.

En su ruta se maravillaba con las colosales obras de las termitas, las interminables tropas de hormigas, los tapetes coloridos de flores de guayacán y las extravagancias de los hongos. Al atardecer, abortó ante el reflejo dorado del sol sobre las redes de las arañas, escuchó por primera vez el canto de un corcovado. Su sorpresa fue aún mayor al levantar la mirada y ver que el dosel del bosque estaba repleto de aves de todos los colores y tamaños. A cada vuelta del camino se topaba con una distinta. Las oropéndulas tejían sus mochilas en las copas de los árboles; los carpinteros repicaban ritmos acompañados sobre las maderas y los barranqueros removían la tierra sobre las peñas. Azulejos, tangaras, guacamayas y bichofués presumían sus colores, mientras los cucos, ruiseñores, mirlos y gorriones lo hacían con sus cantos.

Mañana y tarde Andrés Gaitero soplaba con todas las fuerzas su flauta cabeza de cera. Contaba las horas con el trinar de la sirí, pero pasaron varios días sin ningún rastro del colibrí. Su cuerpo permanecía fuerte, pero su motivación empezaba



a amainar. Calmaba su soledad con los sonidos del bosque y se entretenía jugando con las inquietas perdices que, de vez en cuando, atraía con su gaita.

Siete noches amaneció rumoreando el Juan Polo y, solo en la última, pensó que podía imitarlo con los tonos graves de su flauta. El Juan Polo soltaba su canto y Andrés Gaitero le replicaba. Y así, durante los días que le quedaron en el bosque, se regocijaba haciendo lo mismo con la amplia gama de trinos silvestres que le ofrecía la montaña. Antes de llevarlos a su instrumento, los silbaba incansablemente. Le gustaba sentir que imitaba la respiración de cada pájaro. Por la fuerza y la cadencia en cada uno de ellos, imaginaba sus temperamentos. Entonaba los alegres para acortar las distancias, y, en sus momentos de contemplación, lo hacía con los más meditativos.

Durante su viaje a la montaña no encontró al colibrí, pero recogió los cantos apacibles de los corcovados y los guacabos, así como los estruendosos gritos de las guacharacas, las gallinetas y las pavas congona.

Si es cierto, como afirman los mayas, que el colibrí es un mensajero de los dioses, a Andrés Gaitero no le había traído solo eso. Gracias a este, su gaita se había impregnado del lenguaje de los pájaros.

Este cuento está inspirado en la canción *La pava congona* del músico y compositor colombiano Andrés Landero. 🎵



Adriana / Omar Moreno